

biles, inútil á todos y á nosotros mismos. Bien, esclamé, muerte por muerte, elijo la que será útil é ilustre para mi país, seré un héroe y desafiaré todos los peligros, puesto que en el fondo de todos ellos no hallaré sino la muerte con la gloria y con la virtud además. Desde aquel momento, añade, me sentí sereno, fortalecido, consolado, y tuve como una revelación sobrenatural del destino que me esperaba.»

VI.

Volvió á Inglaterra para restablecer sus fuerzas: despues de un exámen brillantemente sufrido, fué ascendido al rango de segundo teniente de la marina real. Hizo la guerra de crucero y de corsario en los mares de la América contra los americanos independientes. Defendió la isla de Jamáica contra la escuadra y las tropas del almirante francés conde de Estaing.

Formó parte de las expediciones enviadas por los ingleses para apoderarse de la América española. Jugó su vida como aventurero que busca la gloria ó la muerte á la cabeza de muchos cuerpos poco numerosos de desembarco que intentaban el asalto de los fuertes ó de las costas. Bivaqueando un día en medio de los bosques del Perú, para dar tiempo al puñado de hombres que mandaba, de curar sus heridos y enterrar sus muertos, se durmió al pie de un árbol: una enorme serpiente se deslizó bajo su capote durante el sueño; se enroscó á su pierna, y le picó en el pie. Los contra-venenos indicados por los indios y el vigor de su naturaleza le salvaron, pero dejaron en su constitucion grandes sintomas del veneno mortal. Conducido moribundo á Europa por el almirante Cornwallis, que fué para él mas bien un padre que un jefe, fué á restablecerse durante algunos meses al campo en aquel hogar de su padre y sus hermanas, que su naciente reputacion comenzaba ya á ilustrar. Recibió á su regreso á Londres el mando de un bergantín de veinte y seis cañones para cruzar durante el invierno en el mar del Norte y para estudiar las cosas de la Dinamarca. Durante este corto crucero, entrevio la posibilidad de una de las empresas mas temerarias y siniestras de su vida: el incendio de Copenhague.

En la primavera el bergantín *Albermale* mandado por Nelson, recibió la orden de volver á América. Al aproximarse á las costas del Canadá, Nelson fué perseguido y rodeado por cuatro fragatas francesas, cuya presa iba á ser, pero prefiriendo la pérdida de su buque á la humillacion de rendirse, lanzó su bergantín á llenas velas sobre una mar muy baja donde las olas espumantes amenazaban destrozarlo á cada instante. Su destreza y su fortuna le bicie-

ron pasar aquella barra, á donde no podian acercarse las fragatas. Pasó algunos meses en Quebec. Presa de una ardiente pasion hácia una bella canadiense de una clase inferior á su rango, no vaciló en sacrificar su ambicion á su amor, abandonando el servicio para enlazarse á la que amaba, en los momentos en que la escuadra se daba á la vela para Europa. Sus oficiales, inquietos por su delirio, bajaron á tierra para arrancarlo del lado de su ídolo, y lo violentaron para conducirlo abordo. Pudo presentirse desde aquella época que el amor, esa ambicion insaciable de las almas tiernas, sería el escollo de su vida.

VII.

Nombrado para mandar el *Borée*, Nelson esparció mas y mas su nombre y su popularidad entre los marinos de su patria con las hazañas y presas que llevaron la consternacion á las costas de la América. La parte en aquellos despojos del Océano que tocaba á su tripulacion, no bajaba de cuatro millones cuando su buque entró en el Támesis.

El almirantazgo disputó largo tiempo esta parte de presa de guerra á los oficiales y marineros de Nelson; Nelson se dirigió al rey, que le colmó de elogios y de gracias, y triunfó así de la administracion de la marina. Sus campañas y sus triunfos habian borrado en su alma la impresion de su primer amor en el Canadá. Fué seducido por los encantos y las virtudes de una joven viuda de diez y nueve años, mistress Nisbet, y se casó con ella en 14 de marzo de 1787. Sus camaradas y sus rivales de la escuadra se adigian con aquel matrimonio, que parecia consagrar á la vida doméstica un joven á quien la patria, la guerra y la gloria reivindicaban ya como el héroe futuro de la Inglaterra. «Ayer, dice en su diario uno de estos oficiales, que fué luego su segundo al frente de las escuadras, la marina inglesa ha perdido una de sus mas grandes glorias con el matrimonio de Nelson. Es una pérdida nacional: sin sus amores, Nelson habria sido el mas gran marino de su patria.»

VIII.

Estos angurios no tardaron largo tiempo en aparecer falsos. Nelson, gozando con delicia la dicha doméstica, pero siempre pronto á interrumpirla ó á sacrificarla á su patria, condujo su nueva esposa á la casa de su padre. El anciano, débil ya y solo, vivia aun para gozar de las venturas y de las primeras glorias de su

hijo. «Mi pobre Horacio, le dijo abrazándole; tu presencia me da nueva vida; pero añadió empapando en su llanto los cabellos de Nelson, tal vez habria valido mas que yo no hubiese gozado este momento tan delicioso para mí, si pronto me he de ver privado de ti por la muerte! Mi edad y mis achaques aumentan cada dia y no me queda largo tiempo para enorgullezarme de ti.»

La estancia de Nelson y de su esposa en la casa paterna, le devolvió todas las reminiscencias y todos los hábitos de la dulce vida rústica, que habia sido la de sus primeros años. Empezó de nuevo con su joven compañera esas escursiones al través de los campos: con los trabajos de la cosecha, los placeres y las lecturas del jardín y de la quinta, parecia haber olvidado para siempre las olas, y echar raíces por su ternura y ocupaciones campesinas en su tierra natal.

IX.

Esta dulce existencia solo fué interrumpida por la guerra de 1792 contra la Francia. El 12 de diciembre de dicho año, Nelson fué nombrado por el almirantazgo para el mando del *Agamenon*, navio de guerra destinado á formar parte de la escuadra del almirante Hooh en el Mediterráneo, en los momentos en que el Mediodía de la Francia entregaba Tolon á los ingleses para escapar con un crimen contra la patria á los crímenes del terror contra la humanidad, y mandó á Nelson que fuese á proteger con su presencia la corte y el puerto de Nápoles contra los insultos de las escuadras republicanas que amenazaban aquel reino aliado de Inglaterra.

Nelson entró como salvador en la rada de Nápoles: la corte lo acogió como la prenda de su seguridad. Lord Hamilton, embajador de Inglaterra en Nápoles, omnipotente cerca de aquella corte, á la que aseguraba la proteccion británica, recibió de manos de Nelson los despachos del almirante Hooh, y la noticia de la ocupacion naval de Tolon.

Aquel anciano, fanatizado de odio contra la república, y por el triunfo de su patria, dueña de entonces mas del arsenal marítimo de la Francia, recibió á Nelson como al salvador de la Europa. Exaltóse á su aspecto con un entusiasmo que le hacia sentir en aquel joven comodoro el vengador de los reyes, el azote de la revolucion y la gloria de las restauraciones monárquicas.

Dejando á Nelson en su gabinete, lord Hamilton corrió hácia la parte de su palacio habitado por la embajadora, y abordando á lady Hamilton con un rostro resplandeciente por alegres presagios: «Voy á presentaros, la dijo, un

pequeño oficial que no puede pretender el prestigio de la belleza, pero que un dia está destinado á admirar al mundo por su heroísmo y por sus victorias. Jamás, hasta ahora, prosiguió el anciano, he dado la hospitalidad de mi palacio á ningun oficial ni á ningun almirante de nuestras escuadras; pero me enorgullezco con abrir mi casa á Nelson: hazle preparar la habitacion que habia destinado al mismo hijo del rey de Inglaterra.»

La embajadora, prevenida así por su marido y mas apasionada aun que él, por los intereses de la corte de Nápoles, acogió á Nelson como á un hombre que queria conquistar á la causa de sus pasiones. Nelson habitó desde el primer dia el palacio de la embajadora, y el hijo de su esposa, abordo del *Agamenon* como aspirante de marina, fué acariciado por lady Hamilton, como una segunda madre.

X.

Así se formó por el curso de los sucesos y por la casualidad de las simpatías de un anciano, entre Nelson y lady Hamilton esa pasion que cual la de Cleopatra y Antonio, debia incendiar las costas del Mediterráneo, cambiar la faz del mundo, y arrastrar sucesivamente á la gloria, á la vergüenza y al crimen, al héroe caido en los lazos de la belleza.

Para comprender la vida y la pasion fatal de Nelson, es preciso bosquejar la vida y las aventuras de lady Hamilton, la *Aspasia* primero, y despues la *Herodiada* de su siglo, elevada por su maravillosa hermosura, por la fortuna y el amor desde la choza de su madre y de los lugares sospechosos de Londres, hasta la mano de uno de los lores mas opulentos de su patria, al rango de embajadora de Inglaterra, y á la intimidad apasionada de una reina, de quien era á un mismo tiempo protectora.

Estas subyugaciones son los milagros de la naturaleza; pero hay pocos comparables al imperio que lady Hamilton, la moderna *Teodora*, ejerció por medio de sus encantos.

SEGUNDA PARTE.

I.

El nombre de lady Hamilton era Emma, porque jamás pudo saberse quien era su madre. Hijos del amor, del vicio y del misterio,

¿quienes parece que la naturaleza se complaciere en colmar con sus dones, como para compensar la desheredación de la familia. Su madre era una pobre criada campesina del cantón de Chesteren (Inglaterra). Sea que hubiese perdido por la muerte á su marido, sea que hubiese sido, como Agar, abandonada por su seductor, se la vió llegar desconocida y mendicante á un pueblo del país de Galles, esa otra Suiza inglesa. Llevaba en sus brazos una niña de pocos meses. La belleza de la madre y de la huérfana interesó á los montañeses del pueblo de Hawarden; la extranjera ganó allí su vida y la de su hija cultivando la tierra para los arrendatarios de la aldea, y forrajeando en los campos. La distinción y la nobleza de las acciones de la niña propagaron en el pueblo el rumor de un nacimiento ilustre y misterioso: se la creía hija de lord Halifax. Nada despues, ni en los destinos, ni en la educación de la joven huérfana vino á justificar este rumor.

A los doce años entró en clase de criada en una casa de las inmediaciones. Las frecuentes estancias de sus amos en Lóndres en casa de su pariente el célebre grabador Boydel, le hicieron sentir los efectos que su figura causaba en el pueblo, en los parages públicos, y el vago presentimiento de la alta fortuna que debería á sus encantos. A los diez y seis años se eva dió del pueblo de Hawarden, cuya oscuridad no podía satisfacer sus sueños, y se colocó á servir en casa de un honrado comerciante de Lóndres. Habiéndola notado una señora de alta clase en la tienda de sus amos, la elevó á una condicion algo mas elevada. Casi ociosa en una casa opulenta, Emma se entregó con delicia á la lectura de novelas, que crearon para ella un mundo imaginario de amor y ambición en una alma joven: frecuentó los teatros y adquirió en ellos las primeras inspiraciones de ese genio de la expresión dramática, del gesto de la actitud, de todo lo cual hizo ella despues un arte nuevo, cuando llegó á ser la estatua animada de la belleza y de la pasión.

Despedida por su señora á consecuencia de algunos descuidos en el servicio, su afición al teatro le hizo buscar otra ocupación mas conforme á sus gustos en la familia de un empresario de teatros. El desórden, la libertad, la frecuentación de dicha casa por los actores, músicos y bailarines, la iniciaron en todas las artes que fascinan los sentidos. Estaba entonces en toda la flor y en toda la perfección de su adolescencia. Su elevada estatura, esbelta y armoniosa, igualaba por sus ondulaciones naturales los artificios mas estudiados de las bailarinas.

Su voz tenia el acento de las mas dulces y trágicas emociones. Su semblante, dotado de una impresionabilidad tan delicada, y movable como las primeras sensaciones de un alma virginal, era á la vez melancólico y fascinador. Todos cuantos la han visto en aquel tiempo están acordados en pintarlo bajo los rasgos de la

moderna Psyché. La pureza del alma trasparente, aun á través de la pureza de las facciones, la rodeaba hasta en su posición subalterna de un respeto que la admiración no se atrevía á saltar. Sembraba el fuego, pero ella no se abrasaba; su inocencia estaba protegida por el esceso mismo de su belleza. Su primera caída no fué una caída en el vicio, sino una caída en la imprudencia y en la bondad.

II.

Un joven del pueblo de Hawarden, hijo del arrendador que habia acogido á su madre, habia sido arrebatado en una leva forzosa de marineros y arrojado entre cadenas á bordo de la escuadra anclada en el Támesis. Emma, solicitada por la hermana del cautivo, se presentó con su amiga al capitán del buque para implorar la libertad del joven marinero. El almirante, fascinado, le concede todo á los ruegos y lágrimas de Emma: la arranca á su condicion servil pero honrosa, la cubre con un vergonzoso fausto; le amuebla una casa; le da los maestros mas consumados en todas las artes; se enorgullece á los ojos de sus amigos de su conquista, y la deja, al partir la escuadra, entregada á los azares de nuevas seducciones.

Uno de los amigos del almirante, poseedor de un nombre eminente y de una gran fortuna, roba á la infiel Emma, llevándola á una de sus posesiones, la trata como esposa, hace de ella la reina de las cacerías, de las fiestas, de los bailes del campo, y al fin, olvidada, apenas termina el verano, la deja en Lóndres á merced del azar, de la necesidad y del vicio.

Caída desde aquella nube de oro, sobre el suelo de una capital, manchada á los ojos de sus antiguos protectores por el ruido de sus aventuras, Emma fué recogida una noche, y ya miserable, por esas reclutadoras infames que ejercen el comercio de la depravación. Una casualidad la preservó tan solo de la ignominia. La mujer corrompida que la habia dado asilo, admirada de la distinción y de la modestia que sobrevivían á sus primeros desórdenes, y fascinada por la perfección de sus facciones, la condujo, para hacer admirar esta maravilla de la naturaleza, á casa de un médico, célebre por sus estudios sobre la belleza. Este médico era el doctor Graham, especie de charlatan, voluptuoso y místico, que profesaba ante la juventud materialista de Lóndres, una idolatría científica á las perfecciones de la naturaleza humana, habiéndose creado así una extraña y sospechosa celebridad.

El doctor Graham se admira á la vista de la joven huérfana; paga su descubrimiento á la mujer que la acompaña; la recoge en su propia casa; publica en los periódicos que posee

un ejemplo consumado de la eficacia de sus específicos para crear y mantener la perfección de la vida, de la belleza y de la salud, en una criatura humana, y que provoca á los incrédulos á que vayan á convencerse por sus propios ojos ante la imagen viviente de la diosa Higia.

A aquel llamamiento hecho al libertinaje mas bien que á la ciencia, los sectarios de Graham acuden misteriosamente á su anfiteatro.

III.

La infeliz, víctima de su propia perfección, aparece vestida con trages transparentes y con el coturno de la divinidad: su velo apenas cubre su vergüenza. El orgullo del médico y el placer de los espectadores estallan en aclamaciones de entusiasmo; jamás la pintura ni la estatuaría habian ofrecido ante los ojos formas y colores tan ideales como la naturaleza. Los pintores y escultores se disputaban la imitación de tan divino modelo. Entre ellos, el mas célebre de los retratistas ingleses de la época, Rowmney, se señala por una infatigable repetición del mismo semblante: retrata á Emma bajo todos los atributos de las diosas de la mitología y bajo todos los trages de las heroínas de la poesía ó de la escena. Estas imágenes grabadas multiplicaban en toda Europa las facciones de la joven desconocida. Rowmney, como Apelles ante Campaspe, se fascina y se siente inflamado por su modelo, que arrebató á Graham como un tesoro inagotable de arte y de fortuna. Vende al peso de oro sus retratos de magia bajo las facciones de Circe y de la Inocencia tocando una sensitiva y admirándose del temblor de la flor entre sus dedos.

Esta publicidad anónima, protegia, no obstante, el pudor de Emma. El precio de sus actitudes que habia recibido de Graham y de Rowmney, le hacia vivir en la oscuridad y en la decencia de una casa retirada de Lóndres. La célebre Mad. Lebrun, pintora de la reina Maria Antonieta de Francia, la pintó por aquella época en bacante, y llevó su imagen á Francia.

IV.

Un joven inglés de la ilustre casa de Warwick Grenville, sobrino de sir William Hamilton, embajador en Nápoles, descubrió á Emma en aquel retiro. Su pasión le hizo creer en la virtud de la joven, la amó y tentó en vano el seducirla. Sea deseo sincero de rescatar las faltas de su suerte, sea ambición de merecer un nombre rehusando una fortuna, Emma re-

sistió á todas las seducciones; la promesa de una union legitima tan luego como la familia de su amante fuese vencida por su constancia, pudo solo vencer su resistencia. Grenville, encadenado por tantos encantos y por los de la virtud, vivió como esposo con ella durante muchos años. Tres hijos nacieron de aquella union jurada, pero secreta, y nada alteró la oscura felicidad de los dos amantes. Emma, siempre amante y agradecida, aun á espensas de su orgullo, habia traído á su lado á su madre indigente, honrándola y queriéndola sin avergonzarse de su servil condicion.

V.

En 1789, despues de estos años de felicidad interior, turbados siempre, sin embargo, por las resistencias y los rigores de su familia. Grenville, despojado de sus destinos y acosado por las privaciones, vacilaba entre el dolor y la necesidad de abandonar á la que consideraba como su esposa. Sus lágrimas y las de Emma envenenaban los últimos dias de su pasión. En aquella crisis de su vida el tío de Grenville, sir William Hamilton, llegó á Lóndres. Aquel tío, poseedor de una inmensa fortuna, no estaba casado; reservaba su herencia á su sobrino; pero su severidad aristocrática se indignaba de tener que reconocer por nietos suyos á los hijos de una aventurera. Negó obstinadamente á Grenville su consentimiento para un matrimonio legitimo, y las sumas necesarias al pago de sus deudas. Grenville, desesperado, no vió mas salvación que en la intervencion de aquella que constituía á un tiempo mismo las delicias y el tormento de su vida. Emma, á instigaciones de él, se dirigió en el trage de su infancia, con un sombrero de paja en la cabeza, á la casa del tío de su amante. Se arrodilló á sus plantas, derramó lágrimas tanto mas persuasivas cuanto eran verdaderas, puso por testigos los tiernos frutos de su amor, y conjuró á Hamilton á que perdonase á la madre y al padre en favor de aquellas infelices criaturas. El anciano, fascinado por aquellas facciones, y por acentos que sobrepujaban cuanto habia admirado en las obras maestras de Atenas ó en las escenas voluptuosas de la Italia, comprendió por su propia seducción la de su sobrino.

El amor, que se habia llegado á comprender, se vengó haciéndole víctima de los mismos deseos que encadenaron á Grenville; quedó fascinado por la hermosura de Emma, y como un hombre presa de una súbita demencia, olvidó en pocas entrevistas su edad, su rango, su repugnancia al matrimonio, la oscuridad del nacimiento y las manchas de la vida de Emma, la pasión de su sobrino, de la que aun participaba su querida, los hijos nacidos de este

amor, el escándalo y la vergüenza de este ignominioso tráfico de gracias, y compró á precio de las dendas de Grenville la posesion de aquella venal belleza.

Un matrimonio secreto unió en Londres á Emma y Hamilton. Este se apresuró á llevar su conquista á Nápoles, sin haber declarado aun su casamiento. La belleza de Emma fascinó á la Italia, como habia deslumbrado la Inglaterra. Pero la celebridad del papel impúdico de modelo que habia aceptado ante las miradas de los aristos, y del tráfico infame entre tio y sobrino, la habia precedido á Nápoles. El embajador, para abogar aquellos rumores y para rehabilitar su idolo se vió obligado á darla su mano públicamente. El escándalo se desvaneció ante el rango y ante las seducciones de la jóven embajadora. Se presentó en la corte y conquistó á la primera entrevista la admiracion y el entusiasmo de la reina Carolina de Nápoles.

VI.

La reina Carolina de Nápoles era, como la reina Maria Antonieta de Francia, hija de la emperatriz Maria Teresa de Austria.

Tan encantadora y mas constante en sus pensamientos que su hermana, Carolina poseia el genio de su madre; pero de todas las virtudes de Maria Teresa solo tenia su valor: jóven, bella, adorada, esposa de un rey indolente y dominado por la superioridad de espíritu y de voluntad de su muger; gobernando el reino en el seno de las fiestas y de los placeres por mano de sus favoritas que se convertian en sus ministros; de una actividad capaz de conmover la Europa, y que agitaba pensamientos gigantescos en un estado demasiado estrecho para su energia. El horror del asesinato de su hermana por los regicidas franceses, el temor de caer ella misma desde el trono en manos de sus verdugos ó de los revolucionarios italianos, el odio contra los nuevos principios, que reconociendo derechos á los pueblos, amenazaban restringir el despotismo de los reyes y el capricho de las cortes, hacian de la reina Carolina de Nápoles la conjuracion viviente, la Nemesis coronada de los tronos contra la revolucion en Italia.

Obligada por la neutralidad forzosa de sus estados y por su debilidad á fingir amistad con la Francia y á tolerar un embajador francés en Nápoles, se vengaba de aquella humillacion por una conspiracion sorda, pero activa y perpétua con el Austria, la Rusia, y especialmente con la Inglaterra. Encadenar el gabinete de Londres á sus destinos y hacerse así de una potencia maritima, dominadora de los mares, una protectora y una venganza segura contra los franceses y contra sus propios pueblos, era á la

vez la necesidad, la política y la pasion de la reina de Nápoles. La sujecion y la complicidad del embajador de Inglaterra á sus designios, era la primera condicion de este plan. La presencia de lady Hamilton en Nápoles, el imperio prodigioso que esta cortesana, ya titulada, ejercia sobre el corazon de su marido, ofrecian á la reina el medio mas natural y mas seguro de retener á la Inglaterra en sus intereses.

Sir William Hamilton poseia la confianza de Pitt, y Pitt tenia en su mano las resoluciones, los subsidios y las escuadras de la Gran Bretaña. Una jóven del pais de Gales tenia así pendientes de uno de sus caprichos los destinos de la Italia.

VII.

Pero en el impulso súbito é irresistible que arrastró á la reina de Nápoles hacia lady Hamilton, la política tuvo aun menos parte que la naturaleza. La influencia de la belleza á los ojos de las hijas de Maria Teresa, era uno de los caracteres de su raza. Tan ávidas de sentimientos dulces como de fuertes pasiones, tenían una necesidad de amistad y de favoritismo, que hacian fueran calumniadas hasta en sus mas legítimas inclinaciones. La amistad de la reina de Nápoles y de lady Hamilton, notadó en provocar rumores. Pero la reina, de un carácter mas viril y mas inflexible que Maria Antonieta, su hermana, desafiaba todos los murmullos desde el fondo de su palacio y desde la tienda de sus tropas. El espanto de su nombre imponia silencio al odio y á la envidia; habia hecho así pesar el terror del lado del trono.

VIII.

El entusiasmo por la belleza de lady Hamilton en aquella época de su vida, habia llegado á ser una especie de idolatria en toda Europa: los pintores y los escultores de todas las ciudades de Italia, acudian para reproducir sus facciones.

«Desde hoy, y durante todos los dias del verano, escribia entonces uno de los mas célebres, no me pertenece ya el tiempo: lo consagro entero á copiar las bellezas sin cuento que me ofrecen el rostro y las formas de esta muger casi divina, porque no sé epíteto alguno que sea digno de ella; tan superior es á su sexo. Sin embargo, temo perderla por algun tiempo, porque va á hacer un viaje con sir William Hamilton. Se ven muy fatigados aqui, donde la multitud les sigue y sítia do quiera, en los teatros, en los jardines, en las calles,

por donde esperan apercibir este prodigio. A la verdad, si lady Hamilton fuese vana, el vértigo acabaria por apoderarse de ella. Voy á retratarla de Juana de Arco, de Magdalena, como bacarla, y bajo el traje de todas las jóvenes heroínas del teatro. Un dia que se negaba á estar en actitud de que yo la dibujase, la creí fria conmigo y me vi sin talento; pero al fin tuvo lástima de su admirador, me la manifestó, y jamás he pintado una cabeza mas bella que en su último retrato, destinado por ella á su madre. Mi salud se restableció al instante como por milagro.»

IX.

La reina, encontrando á la vez en la jóven embajadora el encanto de sus ojos y el instrumento de su política, se abandonó por completo á las delicias de esta amistad. Lady Hamilton fué la favorita de la reina, el idolo del palacio, el ministro secreto de la corte de Nápoles, la confidenta de sus planes, de las lágrimas y de los placeres de su amiga. Pasaban los dias y las noches en la cámara de la reina y de sus hijos; descendia de su rango de embajadora para recobrar voluntariamente, cerca de la hija de Maria Teresa, esa condicion servil que la habia humillado en su infancia, y de la que se glorificaba entonces: esclava antigua, encadenada por el fanatismo de la monarquía á su señora coronada.

Todas las pasiones políticas de la reina de Nápoles habian pasado con sus confianzas y sus terrores al alma de la favorita. La reina no le ocultaba ninguno de sus pesares y de sus mas secretas angustias. «La veo, escribia lady Hamilton, entregada á verdaderos escesos de locura, pasando del delirio del temor al delirio de la alegría; haciendo resonar con sus gritos el palacio, riendo, llorando, estallando á veces en sollozos convulsivos, precipitándose en los brazos de su marido, estrechando contra su corazon los pequeños principes, sus hijos, abrazando á todos aquellos que entran en su cámara, hablándose á sí misma frases inconexas, invocando la Inglaterra, exaltando á Nelson, esclamando en sus trasportes: ¡Oh el héroe! ¡Oh el valiente Nelson! ¡Oh el libertador de la Italia! ¡Esperanza y Providencia de Nápoles!»

X.

Tal era la muger de irresistible seduccion, que adquirió desde su primera entrevista sobre el alma de Nelson el fatal y culpable imperio, causa de las faltas, de los crímenes y

de las desgracias de un grande hombre. Aunque lady Hamilton solo tuviese en aquella época de su vida veinte y seis años, y Nelson de una figura enfermiza, estraña, inculta no mostrase otros atractivos que el perfil aquilino de los héroes de la guerra, su brazo mutilado, su gloria en presagio, y el fuego de su alma que se revelaba en sus ojos, anunciando su futura grandeza, la pasion que lady Hamilton inspiró á Nelson fué tan súbita y tempestuosa como la que él hizo nacer en el alma de su amada.

Sin duda alguna la política y el orgullo la hicieron sentir la utilidad que tenia para la causa de la reina y para su propia gloria el subyugar al hombre de quien dependia la suerte de Nápoles y la salvacion de la corte; pero la política y el orgullo no fueron sino las justificaciones del amor. Ella amó tambien, y esto fué su mayor prestigio á los ojos de Nelson.

El naciente delirio de éste se trasluce, sin conocerlo él, en todas las cartas que en aquella época escribe á Inglaterra ó á sus amigos de la escuadra.

«Comemos hoy con el rey de Nápoles, dice en una de estas cartas, quien me colma de distinciones. Veo tambien con frecuencia á la reina, que es verdaderamente hija de Maria Teresa.... Al otro lado de la mesa donde trazo estas líneas, lady Hamilton está sentada enfrente de mí; comprendereis, por tanto, el glorioso desorden de esta carta.... En mi lugar, tal vez escribirias con menos concierto.... Cuando el corazon está agitado, preciso es que el mano tiembre.... Nápoles es decididamente una mansion demasiado peligrosa: ¡será bueno que la dejemos bien pronto!»

«Habitó, dice en otra carta, con lady Hamilton: esto basta á decirnos que ningun pesar emponzoña mi vida, á no ser de tiempo en tiempo la obligacion de tomar parte en los negocios de este reino: pero lleguemos á ahorear al baron de Hurgut, al cardenal Ruffo y al ministro Manfredini, y todo marchará perfectamente.» Estos eran los enemigos de la reina y de lady Hamilton en la corte de Austria.

Nelson, inspirado por esta faccion del palacio, comenzaba ya á odiar con el odio de su idolo á las facciones rivales. Apremiaba entonces, de acuerdo con el embajador de Inglaterra y con todo el ascendiente de su gobierno, al rey de Nápoles para que declarase la guerra á los franceses, dueños de una parte de la Italia. La derrota de Mack, general austriaco, á quien el rey de Nápoles habia confiado su ejército, decidió en algunas horas los destinos de este reino. Los franceses, avanzando sobre la capital como libertadores, y despertando por do quiera á su paso el sentimiento republicano mal adormecido en aquel suelo un tiempo libre, no debian dejar bien pronto á la corte de Nápoles otro recurso que una fuga precipitada y el mar por asilo.

XI.

Esta fué la época de la mas violenta pasion de Nelson hácia el idolo que habia dejado en Nápoles. La ausencia, concentrando la imágen de esta maravillosa belleza en su corazon, aña- dia la melancolia de los recuerdos al encanto del amor. El mar, la soledad del buque, la muerte sin cesar presente, el sentimiento de la inestabilidad de la vida que apremia al alma ávida de felicidad, como en los festines de la antigüedad la muerte los apremiaba á saciarse en fugitivos placeres; la dominacion de una imágen única, presente siempre al pensamien- to, y que ninguna otra podia borrar del cora- zon, la ignorancia de las artes de la muger y la incredulidad á sus inconstancias, espican estas demencias de la pasion culpable en los ma- rinos y en los guerreros. Llevan consigo en su corazon impresiones que nada vienen á al- terar. Las largas campañas y las largas nave- gaciones, con una sola memoria, son enferme- dades del corazon, que se agravan con el aisla- miento, y que acaban por matar la razon co- mo la virtud. La razon y la virtud de Nelson estaban muertas: solo el amor vivia en él.

«¡Ay! escribe por todas vias á su idolo, ¡qué desierto y triste me parece la cubierta de un navio despues de la compañía que he perdido para confiar en una cabina solitaria sobre el Océano! ¡Me habeis hecho odioso todo lugar en el mundo, excepto el que habitais!»

XII.

Sus mejores amigos, que habian conserva- do el derecho de decirle la verdad, le respon- dian en vano en sus conversaciones ó en sus cartas. Convenia con ellos en la justicia de sus acusaciones, se devoraba con sus propios re- mordimientos; pero estos remordimientos bas- tante vivos para emponzoñar la vida, no eran bastante enérgicos para devolverlo á la virtud. Desobedeció muchas veces las órdenes de su gobierno que lo llamaba al Océano para per- manecer en el Mediterráneo, mas cerca de lady Hamilton y fijar sus ojos en Nápoles.

XIII.

Poco tiempo despues, Bonaparte, embar- cándose en Tolon á bordo de la escuadra mas imponente que desde las Cruzadas habia atra-

vesado el Mediterráneo, con un ejército espe- dicionario, dejaba á la Inglaterra indecisa so- bre el verdadero objeto de semejante arma- mento. ¿Iba á pasar el estrecho para atacar á la Gran Bretaña en una de sus islas europeas ó en las Indias? ¿Iba á apoderarse de Constanti- noplá y á dominar desde allí la Rusia, el Aus- tria y los mares de Europa? El almirante Saint- Vincent, encargado del mando supremo de to- das las fuerzas navales de Inglaterra sobre las costas de Francia, de Italia y de España, no atreviéndose á desgarnecer las grandes esta- ciones que ocupaba ante los puertos de Fran- cia y de España, delegó á Nelson, como el mas valiente y activo de sus comandantes, la ob- servacion, la persecucion, y si posible era la destruccion de la expedicion francesa.

Nelson sucesivamente reforzado por diez y seis navios de alto bordo, y conservando su pabellon de almirante sobre el *Vanguard*, se lanzó á la ventura sobre las huellas descono- cidas de aquella escuadra, cuya ruta ó camino no venia á señalarle indicio alguno. Despues de haber tocado en Córcega, dejada ya atrás por Bonaparte, y recorrido en vano los mares de España, volvió á Nápoles el 16 de enero, des- alentado por sus vanas correrias y sin viveres ni municiones. Los avisos de los cónsules in- gleses en Sicilia, le anunciaron en Nápoles la conquista de Malta verificada por Bonaparte la inmediata salida de la escuadra apenas sometida esta isla, y encaminaron al fin sus conje- turas hácia el Egipto.

Las intrigas de lady Hamilton, favorecidas á la vez por la pasion que tenia hácia la reina y la que le devoraba respecto á Nelson, obtu- vieron de la corte de Nápoles, no obstante una aparente neutralidad, todos los socorros y to- das las provisiones necesarias á la escuadra in- glesa para renovar una campaña tan peli- grosa.

En pocos dias Nelson salió de nuevo al mar, tocó en la Cerdeña, costó las playas del Pe- loponeso, recorrió en todas direcciones los mares de Oriente, sondeó vanamente con sus avisos la rada de Alejandria, cruzó desespera- do el mar de Egipto, se aproximó á Candia, mientras la escuadra republicana costeaba esta isla por el lado opuesto, se acercó á Malta, in- terrogó vanamente á todas las velas del Archi- piélago, supo que en su patria se elevaban contra su lentitud y capacidad acusaciones que redoblaban su carrera, se irritó contra los vientos, forzó las velas, desafió las tempesta- des, y volviendo atrás, percibió al fin en la aurora del 4.º de agosto el bosque de másti- les de la escuadra francesa anclada en el puerto de Aboukir, á seis leguas de Alejandria, cerca de la desembocadura del Nilo

TERCERA PARTE.

I.

Bonaparte habia desembarcado ya y mar- chaba al través del desierto hácia el Cairo. El almirante Brueys mandaba la escuadra, com- puesta de diez y siete navios de guerra, de cuatro fragatas y de un gran número de bu- ques ligeros. Este almirante esperaba á cada momento la aparicion de la armada inglesa. La superioridad del número de sus buques y de sus cañones, la igualdad del valor en sus tri- pulaciones, habrian permitido en cualesquiera otras circunstancias á Brueys esperar á Nelson sin retroceder, y aun buscarlo para disputarle el Mediterráneo. Pero las batallas navales tie- nen contingencias que las instrucciones de Bonaparte y la naturaleza de la expedicion im- pedian correr al almirante francés. La escuadra, apoyo y arsenal del ejército de tierra, era la única base de las operaciones de Bonaparte en Egipto. La destruccion de esta escuadra qui- taba al ejército francés el solo medio de co- municacion y la sola esperanza de refuerzos de la madre patria. Era el puente entre la Fran- cia y el Egipto; esponer los navios al incendio en plena mar, era vender á un tiempo mismo el ejército que acababa de conducir, y la Fran- cia á donde debia volver.

Brueys, despues de varios esfuerzos para entrar en el puerto cerrado de Alejandria, que se creia entonces muy poco profundo para reci- bir navios de gran calado, se habia resuelto á anclar la flota en la rada de Aboukir. Habia fortificado sus escollos; seis navios anclados, dispuestos en círculo cóncavo, como la playa, apoyados en un extremo por el islote de Abou- kir, fortaleza natural armada de cañones, y en el otro por un brazo avanzado de la playa, eran otras tantas fortalezas inmóviles, presentando sus baterias contra el mar. Podian combinar sus fuegos contra un mismo buque. Inaborda- bles, á juicio de Brueys, por el lado del mar, por el de la tierra, estas defensas daban á un combate naval la solidez y la inespugnabilidad de una trinchera de fuego.

II.

Á las dos de la tarde del 4.º de agosto, Brueys, advertido por sus señales de la apari- cion de Nelson á la vista de Egipto, convocó á bordo á todas sus tripulaciones. Mandó á dos de sus bergantines, el *Alerté* y el *Railler*, que

calaban poca agua, que fueran á reconocer la escuadra inglesa á tiro de cañon, huyendo despues y atravesando para entrar en el puerto por la rada, donde esperaba que su ejemplo arrastrase á los buques de Nelson que formaran la vanguardia, y que de esta suerte encallarian en los escollos del Nilo.

Pero Nelson, que conocia aquellos escollos cortó el lazo. Sin ocuparse de los bergantines, se adelantó en órden de batalla sobre el frente de la escuadra francesa, como al asalto de una posicion, y despues, virando de bordo, y precipitándose sin echar la sonda, sin vacilar y sin hacer fuego entre la estremidad de la linea donde Brueys habia anclado su escuadra y el islote fortificado de Aboukir, atravesó aquel paso á velas desplegadas con la mitad de sus navios, perdiendo solo el *Culloden* en esta operacion.

A medida que sus navios atravesaban este paso, se colocaban cada uno de ellos detrás de los navios franceses. La otra mitad de la arma- da de Nelson, deniéndose de súbito y ponién- dose en fila, se colocó por el lado del mar frente á los navios de Brueys, atacados así por los dos flancos, abriéndose el fuego como un doble trueno contra el puente de los buques inmóviles de la Francia.

La escuadra francesa, habiendo perdido así á un tiempo mismo, por un error de su almi- rante, la proteccion que esperaba de tierra, y la facultad de moverse en un combate al ancla, previó su destino. No le restaba otra cosa que perecer gloriosamente arrastrando en su des- truccion enantos navios enemigos le fuera dado destruir. Hizose digna de la grandeza de su desastre. El ejército republicano de esta escua- dra, mandado aun en aquel postrero dia por los oficiales heróicos de las guerras de la re- volucion, se elevó al nivel de la antigüedad por su suicidio; héroes de una segunda Sala- mina, á los que solo les faltó un Temistocles. El *Sparciato*, el *Franklin*, el *Orient* y el *Tonnant* respondian con sus dos costados de baterias al doble cañoneo de los navios ingle- ses, cubriendo los buques de Nelson de másti- les, vergas, de muertos y de heridos.

La victoria no fué el premio de la superio- ridad naval, sino de la fatalidad de la posicion. Jamás la escuadra francesa se mostró mas grande en sus victorias que en esta gloriosa derrota. Cada navio fué una escena de las Ter- mópilas, porque los combatientes no luchaban ya por vencer, sino para morir con gloria. Cada puente vió caer uno á uno sus comandantes, sus oficiales, sus artilleros, y no entregó á los ingleses sino cadáveres y hogueras. El almi- rante Brueys, herido ya á los primeros dispa- ros, se mantenía de pie sobre la duneta de su navio, el *Orient*, rodeado de los restos de su estado mayor, implorando la muerte para cu- brir su infortunio. Una bala de Nelson le divi- dió en dos pedazos; aun entonces Brueys se oponia con sus manos moribundas á los que

CAPITULO ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA